

Recordar, compartir, aprender

Bilbao

José García Mena, 79 años

Itziar Artexte, 28 años

UN NOMBRE DE MUJER

José lleva más de 50 años lejos de la tierra gaditana que le vio crecer, desde el día en que alguien entró a ocupar el puesto que él llevaba desempeñando varios años en una tejera de San Roque, Cádiz. Sin pensárselo dos veces se subió a un tren que, atravesando la península, lo llevó hasta Bilbao, donde lleva viviendo desde entonces.

Ha olvidado ya muchos nombres, muchas caras, y reconoce que en la capital vizcaína ha sido muy feliz. Muy hondo en su memoria guarda, sin embargo, el rostro y el nombre de una morena que aún consigue, medio siglo después, arrebatarle el sueño por las noches.

Dice la sabiduría popular, madre de todas las sabidurías, que el primer amor nunca se olvida. Que hay algo tan mágico y prodigioso en esos primeros encuentros entre dos personas que su recuerdo permanece imborrable en nuestra memoria, desafiando el paso de los días, los meses, los años. Dicen también que algo se pierde tras la primera pasión, que nada vuelve a ser igual después de esas caricias, que es inútil seguir buscando los aromas de aquellos besos en las historias venideras. Que sólo hay un primer amor. A veces, el único.

En mi primera reunión con José, algo de todo eso podrá vislumbrarse en la conversación que mantendremos durante cerca de dos horas. Un par de sidras, gentileza de la Sociedad Casa de Asturias El Ñeru, en Bilbao, de la que José es miembro y donde tiene lugar la cita, amenizan nuestra charla mientras él me va contando por qué tuvo que abandonar su Cádiz natal, hace ya 55 años, para venirse a Bilbao. Esa es la historia que, en principio, él quiere contarle al mundo.

Trabajaba en una tejera en San Roque, Cádiz, cuando un día trajeron a otro para ocupar su puesto. “Un enchufaíto”, confiesa José con un particular deje gaditano que no le ha abandonado después de más de cinco décadas por tierras vascas. Así que no vio más salida que montarse en un tren y atravesar la península de sur a norte para llegar hasta Bilbao, donde decían que el trabajo no faltaba. Consiguió un puesto de peón en el túnel de Zadorra, una compleja construcción que, a mediados de los 50, permitió trasladar agua desde los pantanos de Zadorra, en Álava, hasta la capital vizcaína.

El habla de José es sereno, pausado. Es cierto que una extraña timidez se apodera de él al verse relatándole su vida a una extraña, pero las preguntas y respuestas se van sucediendo con absoluta naturalidad y la historia de la migración de José va tomando cuerpo. También es cierto que las sidras que nos va sirviendo Francisco, otro de los miembros de la asociación, anima la verborrea. Y en esas estamos, yo consultando algún dato en mi libreta, los vasos acumulándose sobre la mesa, cuando José me suelta las palabras que cambiarán el sentido inicial de nuestra charla y marcarán el rumbo definitivo del relato que verdaderamente él tiene que contar.

“Yo soy soltero”, me dice sin previo aviso, mirándome fijamente. En un principio no sé interpretar la importancia de sus palabras y sigo preguntando de acuerdo al plan establecido: su adaptación al País Vasco, la acogida por parte de los compañeros, la nostalgia de la tierra. Casi al final de nuestra cita, recuerdo aquellas palabras pronunciadas con absoluta franqueza y me pica, entonces, la curiosidad; “¿Así que nunca te has casado?”.

A José le brillan los ojos. Al tratar de hablar, se le quiebra ligeramente la voz: “Yo sólo he tenido una novia. Sólo una. Y fue allí, en Cádiz”. Quiero saber. Saber quién era ella, cómo fue su historia, cuándo comenzó, cuándo acabó, y lo más importante, por qué acabó. “Se llamaba Josefa. Fíjate, como yo. José y Josefa”, comienza a explicarme José. “Nos conocimos una Semana Santa. Yo tenía unos 20 años, ella 16. Nada más

verla, sentí un flechazo. Ella llevaba un globo en la mano y yo, que por aquel entonces fumaba, me acerqué y le exploté el globo con el cigarro. Y nos hicimos novios”.

El rostro de José se ilumina al recuperar de su memoria aquel episodio. Pregunto qué fue de ella, por qué falló la relación. José me sonríe melancólico mientras realiza con su mano un gesto que pretende resumir el final de toda aquella historia. Frotando su pulgar contra el resto de sus dedos, apenas pronuncia: “el dinero”.

Sin perder la sonrisa, pero con visible abatimiento, José concluye: “Todavía cuando hablo de ella, al irme a la cama, vuelvo a pensar en todo aquello. Y la veo como si la tuviera enfrente”. No sé a ciencia cierta si a José le lloran los ojos, tal vez es simplemente la reacción que espero tras una confesión de tal calado emocional, pero siento que una pesadumbre se ha apoderado del lugar, por lo que desvío la conversación hacia asuntos más banales. Tras apurar los últimos sorbos de nuestras bebidas, nos despedimos hasta la próxima.

Dos semanas después volvemos a encontrarnos en el mismo lugar, y esta vez voy decidida a que José pueda liberarse de esa historia que parece pesarle desde hace ya 60 años. Así que me habla de Josefa, de Pepa, como él prefiere llamarla. “Era una morena guapísima. Vivía en La Estación, un barrio de San Roque que está a siete kilómetros. Yo caminaba esa distancia, ida y vuelta cada día, para ir a verla. Estuvimos así dos años, hasta que mi cuñado me advirtió: José, te van a quitar la novia. Al parecer, el padre de ella quería que se casara con otro que tenía más dinero, y le prohibió verme. Yo seguí recorriendo los 14 kilómetros diarios, pero un día, ella se asomó a la ventana y alguien por detrás la tiró para adentro de la casa. Nunca más volví a verla”.

José no quiso tener más relaciones desde entonces. Su madre y su hermana han sido las únicas mujeres de su vida, aunque ambas fallecieron hace ya algunos años. No obstante, nunca ha estado solo. Ha dado y recibido cariño de todos los que le rodean. Sus sobrinos, resobrinos y, como él dice, tatarasobrinos, lo consideran otro padre, otro abuelo, un bisabuelo. En El Ñeru todos le conocen como “el tío”, y es un imprescindible en cualquier reunión, actividad o viaje. Pocos saben, sin embargo, que tras su figura amable y bonachona, José lleva más de medio siglo con una espinita clavada en el corazón. Y es que, como dice el refrán, puede que sea cierto eso de que el primer amor nunca se olvida.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

“¿Qué por qué merece la pena vivir?”. José me mira extrañado, sospecho que nunca se había planteado tal cuestión. Es, sin duda, buena señal, indicio de que incluso en los malos momentos nada le ha hecho sucumbir a la tristeza. Ha vivido, como todos, episodios muy duros, incluidos una guerra y una posguerra marcada por una férrea dictadura aún muy presente en la memoria de este país.

Pero tal vez el lance más difícil de su vida lo sufrió hace nueve años, cuando falleció su hermana Carmen, a la que estaba muy unido. Sin embargo, José nunca se ha planteado tirar la toalla ni comprende a quienes deciden hacerlo. “La vida hay que vivirla, cada momento hay que vivirlo”, expresa con franca sencillez. Y es que eso es ante todo José, un hombre sencillo.

Tiene ochenta años, pero tiene la vitalidad y el aspecto de un hombre dos décadas más joven. Su secreto para combatir las consecuencias del paso del tiempo no es otro que aprovechar cada minuto de su vida, exprimir al máximo los días. Camina cinco kilómetros cada mañana y en El Ñeru, la asociación sociocultural de la que es miembro, no se pierde ninguna actividad. Acude semanalmente al taller de madera, a clases de interpretación con el grupo de teatro Los Guajes, a clases de baile, o a eventos más ocasionales como un taller de risoterapia en el que ha participado este año.

Tiene, no obstante, un día preferido. Todos los miércoles se reúne con otros miembros de El Ñeru para comer, charlar, cantar o simplemente disfrutar de la compañía de los demás, algo que valora por encima de todas las demás cosas. “Yo soy feliz, muy feliz”, proclama José a modo de broche de nuestra conversación. Y que sea por muchos años.